

Ha llegado la conexión directa

Jesús es nuestro gran sumo sacerdote que estableció la conexión directa con Dios. Pero contextualicemos, observando un poquito antes del capítulo 5, en los últimos 3 versículos del capítulo 4, para poder estudiar de manera adecuada el tema de hoy. Comienza así Hebreos 4:14: “Por lo tanto, y ya que en Jesús, el Hijo de Dios, tenemos un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, retengamos nuestra profesión de fe.

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Por tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para cuando necesitemos ayuda.”

La Biblia en este texto de la carta a los Hebreos deja claro que Jesús es el gran sumo sacerdote. ¡Sumo sacerdote!, pero antes de ir a la figura máxima, ¿quién era un sacerdote en el contexto que maneja el escritor de esta carta? El sacerdote es aquel individuo especial, sobre el que podemos estudiar bastante, tanto en el libro del Éxodo como en el libro de Levítico, es el que representaba al hombre ante Dios. Esa distancia entre el hombre y Dios, debido al pecado, era mediada por el sacerdote que, a través de los rituales de la ofrenda y el sacrificio, posibilitaba ese acercamiento. Y el sumo sacerdote que era de la tribu de Leví, de la familia de Aarón, entraba una vez al año en el Santo de los Santos, o lugar santísimo.

Jesús, tras su muerte, entró en los cielos siendo, por lo tanto, es pleno sumo sacerdote como vamos a observar un poco más adelante. Pero la cuestión importantísima vinculada al sacerdocio de Cristo es que él, tal como el sacerdote del Antiguo Testamento, también puede compadecerse de nuestras debilidades porque él experimentó aquello que nos pasa a nosotros. Ahí está la gran importancia y relevancia de la encarnación de Jesús como Dios-hombre.

Es que cuando Jesús se manifestó entre nosotros, lo hizo plenamente como un verdadero ser humano. Porque Jesús no era un espejismo como algunos intentaron hacer creer, Jesús no era un fantasma; Jesús no adoptó un cuerpo humano de otra persona.

Por ello, la Biblia y los escritores neotestamentarios se encargan de señalar que Jesús es Dios encarnado y que sufrió todo tipo de tentación, tal como dice el versículo 15, pero a diferencia nuestra, él fue una persona absolutamente sin pecado.

Su experiencia humana y la victoria sobre la tentación, el pecado, el diablo y la muerte le da total facultad de ser nuestro sumo sacerdote. Ante tal realidad, de una obra completa y perfecta, por haber entrado en los cielos y poder identificarse con nosotros, podemos llegar ante Dios, presentarnos ante el trono de gracia, confiados de recibir misericordia con toda, completa y total confianza. Y el texto del capítulo 5 sigue adelante informándonos más, de manera clara, lo que hay detrás de esa función especial de Cristo.

Él dice: “Todo sumo sacerdote es elegido entre los hombres, y constituido a favor de los hombres ante la presencia de Dios, para presentar ofrendas y sacrificios por los pecados y para mostrarse paciente con los ignorantes y extraviados, ya que él mismo adolece de la debilidad humana. Por eso mismo debe presentar una ofrenda por sus propios pecados, así como por los del pueblo.”

Vimos que Jesús es superior a los ángeles, superior a Moisés, y Jesús, como sumo sacerdote, es superior al sumo sacerdote aarónico o levítico. Así que Jesús se encuentra en una posición especial. Muy superior al sumo sacerdote levítico del Antiguo Testamento. Fíjate que Hebreos 5 relaciona la necesidad de expiación, de perdón de pecado que el sumo sacerdote tenía la función de realizar. Pero él estaba en una situación de desventaja porque necesitaba hacerlo a favor de sí mismo. Miremos el texto desde el versículo 4.

“Pero nadie puede tomar este honor por cuenta propia, sino sólo el que es llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino que ese honor se lo dio el que le dijo: «Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy», y que en otro lugar también dice: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec».”

Así que, Cristo, como sumo sacerdote, hace su obra completa. Por cierto, el texto anterior muestra que había expiación por el pecado que había sido hecha intencionalmente o por el pecado de ignorancia, o sea incluso aquellos pecados de los que no se tenía conciencia cabal.

Allí se entiende por qué el versículo 2 habla de la paciencia hacia quienes son ignorantes. Son los que no tienen conocimiento. Para cubrir esos pecados se precisaban las ofrendas y sacrificios que aparecen en Levítico capítulo 1 hasta el capítulo 7. Y Cristo está en una situación muy extraordinaria, como sumo sacerdote, porque, a semejanza de Aarón, él fue llamado por Dios para ocupar ese lugar. Él es hijo de Dios, en el sentido de tener la misma naturaleza de Dios. Y, por lo tanto, su función es especialmente diferente: él pertenece a un orden especial y superior; la orden de Melquisedec.

Melquisedec es una figura especialmente importante que aparece allá en Génesis 14 y después es mencionada aquí la cita del Salmo 110, versículo 4. Y veremos con atención qué significa eso cuando lleguemos al capítulo 7. El sacerdocio del orden de Melquisedec es superior al sacerdocio aarónico porque a ese sacerdocio se le llama un sacerdocio eterno, no limitado temporalmente. Pero sigamos adelante, ahora a partir del versículo 7: “Cuando Cristo vivía en este mundo, con gran clamor y lágrimas ofreció ruegos y súplicas al que lo podía librar de la muerte, y fue escuchado por su temor reverente.”

A semejanza del Salmista que clamaba a Dios y era atendido, Jesús también clamó de la misma manera y fue escuchado por su Padre. ¿Cómo fue Jesús atendido?, no fue salvado de la muerte, porque al fin y al cabo él vino a morir.

La respuesta está en el hecho de la gran victoria de la resurrección. Jesús venció a la muerte a través de su resurrección. Experimentó un sufrimiento de corto plazo, para obtener una victoria completa. Sigamos. Leamos desde el versículo 8: “Aunque era Hijo, aprendió a obedecer mediante el sufrimiento y una vez que alcanzó la perfección, llegó a ser el autor de la salvación eterna para todos los que le obedecen y Dios lo declaró sumo sacerdote, según el orden de Melquisedec.”

Cristo aprendió a obedecer por medio de aquello que sufrió. La finalidad de ese texto es enseñarnos la realidad del sufrimiento y de la experiencia de Cristo. Jesús verdaderamente sufrió corporalmente. Eso muestra que su sacrificio como ofrenda perfecta y absoluta como nuestro sumo sacerdote, que es ofrecido a Dios, es absolutamente aceptable y real porque él sufrió de verdad. Si Cristo no hubiera sufrido corporal y físicamente como sufrió, en realidad todo lo que pasó habría sido apenas una experiencia ficticia, pero eso no es verdad.

El texto habla que fue perfeccionado, ¿Cómo es eso de perfeccionado? ¿Cómo es que Cristo, siendo Dios hombre, puede haber sido perfeccionado? El sentido es que él cumplió hasta el fin con su tarea. Llegó de verdad donde debía llegar y, cumplió con el sacrificio perfecto, entró en los cielos, pudiendo identificarse con nosotros, se volvió la fuente de salvación eterna para todos los que le obedecen, en el sentido de oír esa palabra y de creer que su sacerdocio que es absolutamente aceptable ante Dios; y que él es aquel que debía traer la salvación, la vida eterna, el camino de regreso a Dios. Y, por lo tanto, él es designado sacerdote según la orden de Melquisedec. Lo cual nos presenta la realidad de que esta orden es superior a la orden limitada por el tiempo, de la época levítica, aarónica. Y tal como mencionamos, esto será discutido con bastante detalle en el capítulo 7.

¿Y cuál es la consecuencia de esta posición que llega a ocupar Jesucristo? Para los cristianos hebreos que estaban escuchando la lectura de este mensaje: gran alegría y felicidad, porque Cristo es ese sumo sacerdote absoluto, que estableció la conexión directa con Dios, sin intermediación.

La religiosidad tradicional nos ha enseñado que necesitamos quien interceda por nosotros. ¡Pero no necesitamos de religiosos!, ¡no necesitamos de ninguna otra figura humana para acercarnos a Dios! Cristo está presente en medio de su pueblo por medio de su Espíritu y todos, si, todos tenemos ahora la posibilidad de ser la casa de Dios como iglesia. Y más que eso, ahora, entendiendo la realidad del Antiguo Testamento podemos ver que ya no es necesario quedarse fuera del tabernáculo; ya no es necesario pedirle nada al sacerdote; ya no es necesario quedarse fuera de la tienda del encuentro o de la revelación; no debemos tener miedo de entrar al Santo de los Santos, que tenía ese velo de separación con los querubines bordados, que nos impedían llegar al Lugar Santísimo; no más, porque Cristo, nuestro sumo sacerdote, nos acerca plenamente a Dios. Y el resumen de todo lo que estamos hablando sobre ese asunto es: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” ¡Gloria a Dios! Gracias a Dios que ahora podemos llegar directamente a él, porque Jesús nuestro gran sumo sacerdote nos trajo la conexión directa.